UNA AVENTURA EN BROWNVILLE

Ambrose Bierce



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Fui profesor de una pequeña escuela rural próxima a Brownville, que como sabe todo el que haya tenido la suerte de vivir allí es la capital de una considerable extensión de terreno con los más bellos paisajes de California. Durante el verano, la ciudad es frecuentada por un tipo de personas a las que el periódico local suele llamar «buscadores de placer», pero que en una clasificación más justa serían conocidos como «los enfermos y los atacados por la adversidad». La propia ciudad de Brownville podría describirse justamente como el último recurso en cuanto a lugares de veraneo. Está bastante bien dotada de pensiones, en la menos perniciosa de las cuales realizaba yo dos veces al día (pues almorzaba en la escuela) el humilde rito de cimentar la alianza entre el alma y el cuerpo. Desde esta «hostelería» (tal como prefería llamarla el periódico local, cuando no la describía como «caravasai») hasta la escuela, la distancia que tenía que recorrer en un carro por la carretera era de unos tres kilómetros; pero había un sendero, muy poco utilizado, que cruzando un grupo de colinas bajas y muy arboladas reducía considerablemente la distancia. Por ese sendero regresaba una día más tarde de lo habitual. Era el último día del trimestre y me había quedado en la escuela casi hasta el anochecer, preparando las cuentas de mi administración para los fideicomisarios, dos de los cuales, reflexioné orgullosamente, serían capaces de leerlas, mientras que el tercero (un ejemplo del dominio de la mente sobre la materia) quedaría anulado en su habitual lucha con el maestro de escuela que imaginaba ser.

Llevaba recorrida una cuarta parte del camino cuando, interesándome por las travesuras de una familia de lagartos que vivía por allí y que parecía llena de alegría reptiliana por su inmunidad frente a los incidentes malignos de la vida en Brownville House, me senté sobre un tronco caído para observarlos. Cuando, fatigado, me apoyé en una rama del tronco nudoso y viejo, el crepúsculo se hizo más intenso en el sombrío bosque y la débil luna nueva empezó a formar sombras visibles, adornando las hojas de los árboles con una luz tierna pero fantasmal.

Oí voces: la voz impetuosa y colérica de una mujer que se levantaba por encima de unos tonos masculinos, más ricos y musicales. Concentré la mirada, escudriñando por entre las oscuras sombras del bosque, con la esperanza de poder ver a los que habían turbado mi soledad, pero no pude ver a nadie. Tenía varios metros de visión ininterrumpida del sendero en cada dirección, y como sabía que no había ningún otro camino a menos de un kilómetro de distancia, pensé que las personas a las que oía debían estar acercándose por el bosque. No había ningún sonido salvo el de las voces, que ahora eran tan claras que podía entender las palabras. Las del hombre me producían una impresión de cólera que confirmó el asunto del que estaban hablando.

-No son amenazas; sabes bien que estás indefensa. Dejemos las cosas como están o... ¡por Dios que ambas sufriréis por ello!

-¿Qué quieres decir? -preguntó la voz de la mujer, que era una voz cultivada, la de una dama-. No irás a... asesinarnos.

No hubo respuesta o al menos yo no pude oírla. Durante esa fase de silencio, miré hacia el bosque con la esperanza de vislumbrar a los que hablaban, pues estaba convencido de que se trataba de un asunto grave en el que no deben tenerse en cuenta los escrúpulos ordinarios. Me pareció que la mujer estaba en peligro; en cualquier caso, el hombre no había negado la voluntad de asesinar. Cuando un hombre representa el papel de asesino potencial no tiene derecho a elegir su audiencia. Al cabo de un tiempo les vi,

confusamente, entre los árboles iluminados por la luna. El hombre, alto y delgado, parecía ir vestido de negro; me pareció que la mujer llevaba un traje de color gris. Era evidente que no se habían dado cuenta de mi presencia en la sombra, aunque por alguna razón cuando reanudaron la conversación hablaron en un tono más bajo y ya no pude entenderles. Mientras miraba a la mujer, ésta pareció agacharse en el suelo y elevar las manos en actitud de súplica, como se suele hacer con frecuencia en el escenario, pero nunca, por lo que yo sé, en ningún otro lugar, aunque ahora no esté totalmente seguro de que lo hiciera así en este caso. El hombre clavó los ojos en ella; parecían brillar tristemente bajo la luz de la luna con una expresión que me hizo pensar que fuera a volverlos hacia mí. No sé qué impulso me hizo moverme, pero de un salto salí de la sombra. En el mismo instante, esas figuras se desvanecieron. En vano miré entre los espacios que dejaban libres los árboles y los matorrales. El viento de la noche hizo crujir las hojas y los lagartos, reptiles de costumbres ejemplares, se habían retirado pronto. La pequeña luna se deslizaba ya tras una oscura colina situada al oeste.

Regresé a casa con la mente algo inquieta, casi dudando de haber oído o visto a ningún ser vivo, salvo los lagartos. Todo aquello me parecía algo extraño y misterioso. Era como si entre los diversos fenómenos, objetivos y subjetivos, que conformaban la suma total del incidente, hubiera habido un elemento incierto que derramara sobre todos los demás su carácter equívoco: como si hubiera introducido en la masa entera la levadura de la irrealidad. Aquello no me gustaba.

A la mañana siguiente en la mesa del desayuno había un nuevo rostro; tenía frente a mí a una mujer joven ala que apenas miré al sentarme. Hablando con ese tono femenino alto y potente de quien parecía condescender a esperarnos, la joven llamó inmediatamente mi atención por el sonido de su voz, parecido, aunque no totalmente idéntico, al que seguía murmurando en mi recuerdo de la aventura de la noche anterior. Un momento más tarde entró en el comedor otra joven, unos años mayor que la primera, y se sentó a la izquierda de ésta, deseándole los buenos días en un tono amable. *Su* voz sí que me sobresaltó: era sin la menor duda la que me había recordado la primera joven. Allí estaba, sentada audazmente delante de mí, la dama del incidente del bosque, «vestida como si estuviera viva».

Evidentemente, eran hermanas. Con una especie de nebulosa aprensión de que podría haber sido reconocido como el mudo y vergonzoso héroe de una aventura que tenía en mi conciencia, sabiendo que había escuchado algo indebidamente, tan sólo me concedí una rápida taza del café tibio que solícitamente me proporcionaba nuestra sabia camarera para casos de emergencia, y abandoné la mesa. Al salir de la casa escuché una rica y potente voz masculina que cantaba un aria de «Rigoletto». Puedo decir que la cantaba exquisitamente, pero había algo en ella que me desagradaba, aunque no sabía decir qué era, ni por qué, por lo que me marché caminando a toda prisa.

Aquel día, cuando regresé a una hora tardía, vi a la mayor de las dos jóvenes de pie en el porche, y junto a ella a un hombre alto vestido de negro: precisamente el hombre al que esperaba ver. Durante todo el día había deseado ardientemente saber algo de esas personas, por lo -que decidí ahora enterarme de todo lo que pudiera de alguna forma que no fuera ni baja ni poco honorable.

El hombre estaba hablando afablemente con su compañera, pero al oír el sonido de mis pasos sobre el sendero de gravilla guardó silencio y, dándose la vuelta, me miró

directamente. Parecía de mediana edad, de tez oscura y muy guapo. No había en su atuendo el menor fallo, el porte era sencillo y gracioso, la mirada que volvió hacia mí libre y desprovista de cualquier sugerencia de tosquedad. Sin embargo, me afectó con una emoción evidente que cuando la analicé más tarde en el recuerdo me pareció una combinación de odio y temor; no deseo llamarla miedo. Un segundo después, el hombre y la mujer habían desaparecido. Me dio la impresión de que se hubieran desvanecido mediante un truco. Sin embargo, al entrar en la casa les vi en el umbral del salón; simplemente habían entrado por una puerta que daba al jardín.

Cuando «abordé» cautamente el tema de los nuevos huéspedes, mi patrona no se mostró descortés. Los hechos, espero que restablecidos con mayor reverencia hacia la gramática, eran éstos: las dos jóvenes, procedentes de San Francisco, se llamaban Pauline y Eva Maynard; la mayor de ellas era Pauline. El hombre, Richard Benning, era su tutor y había sido el amigo más íntimo de su padre, ahora fallecido. El señor Benning las había llevado a Brownville con la esperanza de que el clima de la montaña pudiera ser beneficioso para Eva, pues se temía que corriera peligro de contraer tisis.

A partir de estos datos breves y simples, la patrona tejió un bordado de elogios que daban abundantes pruebas de su fe en la voluntad y la capacidad del señor Benning de pagar por los mejores servicios que pudiera prestarle su casa. Que tenía buen corazón era evidente por su devoción a aquellas dos hermosas damas y por su solicitud, realmente conmovedora, por la comodidad de éstas. Aquella prueba no me pareció suficiente y silenciosamente pronuncié el veredicto escocés: «No demostrado».

Era cierto que el señor Benning se mostraba de lo más atento con sus pupilas. En mis paseos por el campo los encontré con frecuencia -a veces en compañía de otros huéspedes del hotel- explorando los barrancos, pescando, cazando con rifles y evitando de diversos modos la monotonía de la vida en el campo; y aunque les observaba tan de cerca como me lo permitían las buenas costumbres, no vi nada que explicara en modo alguno las extrañas palabras que había escuchado en el bosque. Llegué a tener un conocimiento tolerablemente aceptable de las jóvenes damas y pude llegar a intercambiar miradas e incluso saludos con su tutor sin sentir realmente repugnancia.

Al cabo de un mes casi había dejado de interesarme por sus asuntos cuando, una noche, toda nuestra pequeña comunidad se vio sobrecogida de excitación por un acontecimiento que me recordó mucho la experiencia que había tenido en el bosque.

Se trató de la muerte de la mayor de las hermanas, Pauline.

Las hermanas habían ocupado el mismo dormitorio en el tercer piso de la casa. Al despertar con el amanecer, Eva encontró a Pauline muerta a su lado. Más tarde, cuando la pobre joven lloraba junto al cadáver, en medio de una multitud de personas llenas de simpatía hacia ella, aunque no excesivamente consideradas, el señor Benning entró en la habitación y dio la impresión de que iba a cogerle la mano. Pero ella se apartó del cadáver y se dirigió lentamente hacia la puerta.

-Tú -dijo-. Tú has hecho esto. ¡Tú... tú... tú!

-Está delirando -dijo él en voz baja. La siguió paso a paso cuando se retiraba, mirándola fijamente a los ojos sin nada de ternura ni compasión.

Ella se detuvo; la mano que había levantado acusadoramente cayó a su costado, sus ojos dilatados se contrajeron visiblemente, los párpados se cerraron lentamente, ocultando su belleza salvaje y extraña, y se quedó inmóvil y casi tan blanca como la

hermana muerta que yacía allí al lado. El hombre la cogió de la mano y le pasó el brazo amablemente por encima de los hombros, como dándole apoyo. De pronto ella se puso a llorar apasionadamente y se aferró a él como lo haría un niño a su madre. Él mostró una sonrisa que a mí me afectó desagradablemente -quizás cualquier sonrisa me habría producido ese sentimiento- y la sacó silenciosamente de la habitación.

Hubo una investigación con el veredicto habitual: la fallecida había encontrado la muerte por una «enfermedad del corazón». Aquello sucedió antes de que se hubiera inventado el término *fallo* cardíaco, aunque era indudable que el corazón de la pobre Pauline había fallado. El cuerpo fue embalsamado y trasladado a San Francisco por alguien contratado a ese fin, pues ni Eva ni Benning lo acompañaron. Algunos clientes murmuradores del hotel se aventuraron a pensar que aquello era muy extraño, pero fueron muy pocos los espíritus osados que llegaron al punto de pensar que era realmente extraño. La buena de la patrona entró en liza generosamente afirmando que la causa de aquello era la precaria naturaleza de la salud de la joven. No existen datos de que ninguna de las dos personas más afectadas, y en apariencia las menos concernidas, dieran explicación alguna.

Una noche, aproximadamente una semana después de la muerte, salí a la galería del hotel para recoger un libro que me había dejado allí. Bajo unas parras que ocultaban parcialmente la luz de la luna vi a Richard Benning, aunque ya estaba predispuesto a verlo porque había escuchado previamente la voz baja y dulce de Eva Maynard, a quien también pude ver ahora, de pie ante él levantando una mano por encima de los hombros de él, y sus ojos, evidentemente, por lo que pude juzgar, mirándole a él.

Él le sujetó la mano e inclinó la cabeza hacia la joven con singular dignidad y gracia. La actitud de ambos era la de unos amantes, y como les estaba observando desde la oscuridad, me sentí más culpable que en aquella memorable noche que les vi por primera vez en el bosque. Iba ya a retirarme cuando habló la joven, *y* el contraste entre sus palabras *y* su actitud me resultó tan sorprendente que me quedé, simplemente como si me hubiera olvidado de marcharme.

-Me quitarás la vida como hiciste con la de Pauline. Conozco tu intención lo mismo que tu poder, y nada pido, sólo que termines tu trabajo sin retrasos innecesarios y me dejes en paz.

Él no le respondió: se limitó a soltar la mano que sujetaba, quitó la otra mano que la joven tenía sobre su hombro y, dándose la vuelta, descendió los escalones que conducían al jardín y desapareció entre la vegetación. Pero un momento más tarde escuché, aparentemente desde muy lejos, su hermosa y clara voz, que entonaba un canto bárbaro que en cuanto lo escuché trajo ante mi sentimiento espiritual interior la conciencia de alguna tierra extraña y lejana poblada de seres que tenían poderes prohibidos. La canción me retuvo como si estuviera hechizado, pero cuando desapareció me recuperé y al instante percibí lo que me pareció una oportunidad. Salí de las sombras hacia donde estaba la joven. Ésta se dio la vuelta y me contempló con una mirada que me pareció como de una liebre acosada. Posiblemente mi intromisión la había asustado.

-Señorita Maynard, le suplico que me diga quién es ese hombre y la naturaleza del poder que tiene sobre usted. Quizás esto sea descortés por mi parte, pero no es momento de dejarse llevar por una ociosa buena educación. Cuando una mujer está en peligro, cualquier hombre tiene derecho a actuar.

Me escuchó sin ninguna emoción visible; pensé que casi sin interés, y cuando terminé de hablar cerró sus grandes ojos azules como si estuviera indescriptiblemente cansada.

-No puede usted hacer nada -contestó.

Le sujeté el brazo y la sacudí suavemente, como a alguien que está cayendo en un sueño peligroso.

-Debe rebelarse. Algo podrá hacerse, y debe darme permiso para que actúe. Ha dicho que ese hombre mató a su hermana, *y* la creo; *y* que la matará a usted, y también la creo.

Ella se limitó a levantar sus ojos hacia mí.

-¿Va a contármelo todo? -añadí.

-No hay nada que pueda hacerse, ya se lo he dicho: nada. Y aunque pudiera hacer algo, no lo haría. No importa lo más mínimo. Sólo estaremos aquí dos días; ¡después nos iremos muy lejos! Si ha visto usted algo, le ruego lo mantenga en secreto.

-Pero esto es una locura -hablando con fuerza, trataba de romper el inmovilismo mortal de su actitud-. Le ha acusado de asesinato. A menos que me, explique estas cosas, tendré que poner el asunto en manos de las autoridades.

Eso la despertó, pero de una manera que no me gustó. Levantó orgullosamente la cabeza y afirmó:

-Señor, no se mezcle en lo que no le concierne. Es asunto mío, señor Moran, no suyo.

-Concierne a toda persona del país... del mundo -respondí con una frialdad igual a la suya-. Aunque no amara usted a su hermana, yo por lo menos me intereso por usted.

-Escúcheme -me interrumpió inclinándose hacia mí-. ¡La amaba, Dios sabe cuánto! Pero más todavía que eso... más allá de lo que puede expresarse, le amo a él. Ha oído un secreto, pero no deberá utilizarlo para hacerle daño a él. Lo negaré todo. Será su palabra contra la mía. ¿Cree que las «autoridades» van a creerle a usted?

Ahora sonreía como un ángel, ¡y qué Dios me ayude porque estaba perdiendo la cabeza enamorándome de ella! ¿Acaso con alguno de los múltiples métodos de adivinación que conocen las mujeres estaba leyendo mis sentimientos? Había cambiado totalmente de actitud.

-Vamos -me dijo en un tono casi mimoso-: prométame que no volverá a ser descortés -añadió tomándome del brazo de la manera más amigable-. Hablaré con usted. Él no se enterará... estará fuera toda la noche.

Paseamos por la galería, arriba y abajo, bajo la luz de la luna. Parecía haber olvidado su reciente aflicción, pues empezó a realizar comentarios y murmuraciones de jovencita sobre todo tipo de cosas sin importancia sucedidas en Brownville; yo guardaba silencio porque me sentía incómodo, pues tenía cierta sensación de haberme implicado en una intriga. Fue una revelación: aquella persona encantadora, y aparentemente inocente, engañando fría y abiertamente al hombre por el que un momento antes había reconocido ese amor supremo para el que incluso la muerte es una prueba aceptable.

«Verdaderamente hay aquí algo nuevo bajo la luna», pensé en mi inexperiencia. Y la luna debió sonreír.

Antes de que nos despidiéramos había conseguido que me prometiera que saldría a dar un paseo conmigo la siguiente tarde, antes de irse para siempre, hasta el Viejo Molino, una de las reverenciadas antigüedades de Brownville, construido en 1860.

-Si él no está por aquí -contestó ella con gravedad cuando le solté la mano que me había dado al despedirse, y que, que me perdonen los santos, me esforcé vanamente por volver

Librodot

a tomar una vez que dijo aquello: tal como señalan los sabios franceses, así de encantadora encontramos la infidelidad de una mujer cuando nosotros somos el objeto y no la víctima. Aquella noche, dándome sus bendiciones, el ángel del sueño se apoderó de mí.

En Brownville House se cenaba pronto, y tras la cena del siguiente día la señorita Maynard, que no se había sentado a la mesa, se acercó a mí en la galería, vestida con el más recatado de los trajes de paseo, sin decir una palabra. Evidentemente «él no estaba por allí». Subimos lentamente por el camino que conducía al Viejo Molino. Ella no parecía tener demasiadas fuerzas, por lo que a veces se cogía de mi brazo, abandonándolo y volviéndolo a tomar de una manera que me pareció bastante caprichosa. Su estado de ánimo, o más bien su sucesión de estados de ánimo, era tan mutable como la luz del cielo en un mar ondulado. Bromeaba como si nunca hubiera oído hablar de la muerte y reía por el incidente más ligero, para inmediatamente después cantar algunos compases de una melodía grave con una expresión tan tierna que yo tenía que apartar mi mirada para que no viera la prueba del éxito de su arte, si era arte, y no ingenuidad, como a veces me sentía impulsado a pensar. Dijo las cosas más extrañas de la manera menos convencional, bordeando a veces insondables abismos del pensamiento en los que yo apenas me habría atrevido a poner el pie. En suma, me estaba fascinando de mil maneras distintas, y a cada paso yo ejecutaba una locura emocional más nueva y profunda, una indiscreción espiritual más osada, aceptando responsabilidades nuevas para evitar, mediante el policía de la conciencia, las infracciones a mi propia paz.

Al llegar al molino no pareció que fuera a detenerse, sino que se metió por un sendero que, atravesando un campo de rastrojos, conducía a un torrente. Lo cruzamos por un rústico puente y seguimos el sendero, que ascendía ahora hacia una colina que era uno de los puntos más pintorescos del país. Le daban el nombre de Nido de Águila: era la cumbre de un risco que se elevaba en el aire hasta una altura de varios cientos de metros por encima del bosque que había en su base. Desde aquella elevada posición teníamos una magnífica vista de otro valle y de las colinas opuestas, enrojecidas por los últimos rayos de sol poniente. Cuando observábamos cómo la luz se iba escapando a planos más y más elevados desde las sombras que llenaban el valle, oímos unos pasos y al cabo de un momento se nos unió Richard Benning.

-Les vi desde el camino, así que subí -dijo descuidadamente.

Como soy un estúpido, en lugar de cogerle por la garganta y lanzarlo al abismo, murmuré una mentira cortés. El efecto que produjo su llegada sobre la joven fue inmediato e inequívoco. Se había difundido por su rostro la gloria de la transfiguración del amor: la luz rojiza del atardecer no resultaba más evidente en su mirada que la luz del amor que la sustituyó.

-¡Me alegro tanto de que hayas venido! -dijo ella dándole a él ambas manos. ¡Y que Dios me ayude, evidentemente era cierto!

Sentándose en el suelo, empezó él una animada disertación sobre las flores silvestres de la zona, con muchas de las cuales había formado un ramo. En mitad de una frase divertida, de pronto dejó de hablar y fijó la mirada en Eva, que apoyada en el tocón de un árbol trenzaba hierbas con actitud ausente. Sorprendentemente, ella elevó los ojos hacia él, como si hubiera *sentido su* mirada. Se levantó entonces, arrojó las hierbas y se alejó lentamente de él. También él se levantó, sin dejar de mirarla. Llevaba todavía en la mano

Librodot

el ramo de flores. La joven se dio la vuelta, por expresarlo así, pero no dijo nada. Ahora recuerdo con claridad algo que en aquel momento apenas observé conscientemente: el terrible contraste entre la sonrisa de los labios de ella y su expresión aterrorizada al responder a la mirada fija e imperativa de él. No sé cómo sucedió, ni cómo no me di cuenta de ello antes; tan sólo sé que con la sonrisa de un ángel en sus labios y la mirada de terror en sus hermosos ojos, Eva Maynard saltó de la roca y se estrelló contra las copas de los pinos del valle inferior.

No sé cuánto tardé en llegar a aquel lugar, pero Richard Benning ya estaba allí, arrodillado ante el cadáver de la mujer.

-Está muerta -dijo fríamente-. Iré a la ciudad a buscar ayuda. Por favor, hágame el favor de quedarse aquí. -Se puso en pie y empezó a alejarse, pero al cabo de un momento se detuvo y se dio la vuelta-: sin duda habrá observado, amigo mío, que lo hizo totalmente por su propia voluntad. No pude levantarme a tiempo para impedirlo, y usted, como no conocía su condición mental... desde luego que no podía ni sospecharlo.

Su actitud me enloquecía.

-En realidad es usted su asesino; tanto como si sus condenadas manos le hubieran abierto la garganta.

Se encogió de hombros sin responder a mi frase, se dio la vuelta y se marchó. Un momento más tarde escuché a través de las profundas sombras del bosque por el que había desaparecido una voz rica y potente de barítono que cantaba *La donna e mobile,* de «Rigoletto».